

8vas. Jornadas sobre Etnografía y Métodos Cualitativos

Centro de Antropología Social

IDES

Lic. María Florencia Lopez

mflorencialopez02@gmail.com

Dni: 33816221

Universidad Nacional de Córdoba

Pertenencia Institucional: SecytUnc.

Las corporalidades en el campo

Resumen

En el presente trabajo expondremos reflexiones y desafíos metodológicos que aparecieron durante el proceso de etnografiar corporalidades. Estas reflexiones analíticas nacieron durante la delimitación del campo, como así también en el trabajo etnográfico propiamente dicho.

El campo, presentó diferentes problemas y con ellos la necesidad de la elaboración de un sistema de análisis que nos permitiera *observar*. Para observar fue necesario saltar diferentes obstáculos para definir tal situación. Así mismo, en la “situación existencial corporal” (Aschieri y Puglisi, 2010, p.127) que fue mi trabajo campo -ya que yo participé en el aprendizaje de cero de la Lengua-, cobraron mucha relevancia las notas de campo que podríamos denominar como “auto-etnográficas” y las discusiones desprendidas en torno a la utilización de aquello como técnica cualitativa de investigación.

Al cuerpo del campo

Mi trabajo de campo se desplegó en el Centro de Recursos para Persona Sordas (CRESCOMAS) en la ciudad de Córdoba Capital. La exploración etnográfica estuvo

focalizada fundamentalmente en las transformaciones que se presentaban en las corporalidades de oyentes que decidieron, de modo voluntario, aprender Lengua de Señas en un centro institucionalizado con reglas específicas y condiciones de aprobación. La elección de la institución estuvo vinculada a ciertas características específicas que lo diferenciaban de otros espacios de enseñanza/aprendizaje de la LSA. En CRESCOMAS, los cursos son dictados por profesores sordos que no hablan español. Dentro de la institución, las únicas personas oyentes son las secretarías, que también hablan Lengua de Señas y funcionan como nexo entre los oyentes y los profesores, siendo además, las que se encargan de los trámites administrativos.

El trabajo estará estructurado en torno a dos problemas metodológicos que surgieron a partir de la experiencia misma en el campo y que expondré a continuación. El primero, se define alrededor de los modos epistémicos de concebir el cuerpo y las corporalidades y sus respectivas consecuencias metodológicas para abordarlo analíticamente. El segundo, está vinculado a los diversos problemas y desafíos que vivencié como investigadora en mi trabajo de campo, desafíos que estaban directamente vinculados con mi propia corporalidad y la dinámica de su interacción. Claramente no fueron las únicas problematizaciones que surgieron en el campo, sino que aquí han sido elegidas para que funcionen como como ejes de organización del trabajo de utilidad para repensar problemáticas que marcan la historia del hacer de los trabajos etnográficos. El análisis de estos problemas, como así también, los diversos modos de resolución de los mismos en mi experiencia de campo nos propiciarán pistas metodológicas y pondrán al descubierto modos en que la teoría y la práctica interaccionan durante el proceso de investigación etnográfica.

El cuerpo como signo

“El movimiento humano no simboliza la realidad, es la realidad”. Best

Uno de los primeros desafíos metodológicos en mi trabajo de campo estuvo relacionado con el modo de pensar el objeto de estudio: las trayectorias corporales (Aschieri y Puglisi, 2010) de los oyentes. ¿Cómo operar metodológicamente con un *objeto* –suponiendo en un

momento teórico que tal cosa pre-existe - tan difícil de delimitar como el cuerpo? Podría pensarse que este desafío aconteció de modo previo a mi entrada al campo, o que fue una de las primeras barreras a superar. Sin embargo, el problema de cómo concebir las corporalidades a estudiar y qué mirar, atravesó toda la investigación.

¿Qué o quienes eran esos cuerpos significantes? ¿ dónde recortar la visión? ¿ qué aspectos tomar como relevantes que definieran algo así como una *transformación corporal* en un recorte temporal que podría definirse como una trayectoria?, en definitiva, ¿ dónde estaba el cuerpo?

La tradición epistemológica, moderna y cartesiana plantea el binomio mente-cuerpo. Como dos entidades separadas y espejadas al mismo tiempo. La mente, desde el Platonismo, pasando por el cristianismo hasta la Modernidad, es el lugar dónde radica la plenitud, la felicidad y la libertad. El cuerpo es en su anverso negativo se transforma en el lugar dónde radica la perturbación, la perversión y el pecado. Pero es más, este modo binómico de concebir el cuerpo, nos lleva a cosificarlo como un objeto posible de ser visto, analizado, medido y por ende controlado. Si bien esta perspectiva sabemos ha sido cuestionada desde muchas escuelas críticas como así también las producciones de conocimientos que ha sido responsable este modo de ver el mundo lo que resulta interesante en esta exposición cómo este modo de ver el cuerpo en el trabajo de campo específico resulta problematizado por la misma práctica y cómo el mismo trabajo de campo generó la necesidad de otro tipo de teoría.

Decía que este desafío nos permitirá pensar el nexo entre teoría y práctica, ya que desde el campo mismo se me planteaba un problema dónde la teoría hasta el momento conocida no alcanzaba para pensar esos cuerpos que aprendían otro modo de hablar y por ende otro modo de estar en el mundo. Los movimientos que tanto sordos como oyentes desplegaban en las clases con la finalidad específica de comunicarse no eran los mismos movimientos que uno despliega para caminar, ni para abrir la alacena, sin embargo incluían muchas veces- mover las mismas partes del cuerpo del mismo modo. Al mismo tiempo eran movimientos que no se podían cosificar, porque implicaban una relación completa entre: gesto facial, espacio, intensidad del movimiento, etc. De tal modo que un movimiento que fuera de ese contexto

áulico significaría por ejemplo una adscripción política como es hacer la V con dos dedos, allí se usaba para nombrar un medio de transporte específico: el trolebús. Pero ese símbolo era “correcto” si estaba combinado con un leve movimiento hacia adelante, un sonido con la voz y un gesto facial.

El movimiento del cuerpo no podía ser pensado como una representación de otra cosa, porque efectivamente no lo era. Además nunca había un movimiento. El gesto en el que estaba implicada nuestra cara para decir “Me gusta”, no podía pensarse como una representación de otra cosa que no estaba, ese gesto no representaba nada, ni un fonema, ni una actividad no remitía a nada sino que decía y en ese decir hacía acto de habla (Austin, 1955).

El cuerpo no estaba siendo símbolo de nada sino que estaba, en ese momento, realizando una doble operación de significación: por un lado: en esa conjunción de movimientos decía: “me gusta” y por otro estaba mostrando un modo de implicarse de esas corporalidades, una disposición particular que era diferente a la de todos los días de esos oyentes y que tanto la resistencia, o la fluidez de esos movimientos ponían al descubierto modos de estar y de ser de esos sujetos. No remitían a otra cosa que no estaba ahí sino que estaban significando y que sólo cobraban existencia en ese acto performático. Fuera del aula, o sin otra persona sorda o con conocimiento de Lengua de Señas que lo esté mirando, ese gesto, que es “me gusta”, se transforma en un movimiento más.

Esta diferencia que noté en el campo, se transformó en un problema básico de urgente resolución para poder proceder con la investigación. Pensar el cuerpo de un modo o del otro, implicaba también una posición epistémica y claramente de relevancia en la opción metodológica de la etnografía.

De ese modo, fue necesario re-pensar el sentido del cuerpo como símbolo. Y como Wacquant (2004), expresaba en su etnografía “*Entre las cuerdas, cuadernos de un aprendiz de boxeador*”, acercarme a aquellos cuerpos hechos carne desde dónde se hacía la teoría, se pensaba la teoría. La teoría desarrollada en torno a lo que se denomina: *antropología de y desde los cuerpos* plantea un nuevo giro, en dónde el cuerpo no es negado en su potencia

significante, pero no es tomado sólo como un signo de otra cosa, sino que es a partir de ese devenir de las corporalidades cómo se interpretan problemas de lo social. Transcender el sentido del cuerpo como símbolo, me permitió dejar de pensar sólo desde ideas representacionistas pero, sobre todo, dejar de observar desde ese único y recortado lugar.

Al decir de Quirós (2014),

“la pregunta por los “significados” (símbolos, representaciones) ¹ ha comportado una sobreintelectualización del “punto de vista nativo” y sedimentado en el presupuesto de que el trabajo del antropólogo –la “perspectiva antropológica”–consistiría, básicamente, en dar cuenta de las formas (siempre diversas, claro) en que la gente representa/da sentido/significa/re-significa experiencias, fenómenos, sucesos, hechos sociales, categorías, etc” (pag. 48).

Así, trasladé mi atención flotante, mi observación, participante a los modos de construir determinados movimientos, a las relaciones de esos movimientos con el espacio, a las resistencias a determinados modos de estar con los cuerpos de los agentes participantes en la situación comunicativa, y todo eso era dónde radicaban entonces, según el campo, lo que podríamos nominar como *corporalidades*. De este modo, trascender una visión teórica me permitió acercarme a esas *corporalidades* no como símbolos sino como un lugar potencial de investigación dónde poder encontrar algo de la realidad de esos sujetos.

Esto pone al descubierto que la etnografía por ser, al mismo tiempo, método y relato, la posición epistémica del investigador es una elección que tendrá también consecuencias en relación a qué logros se realizarán como resultado de la investigación. Resolver esas tensiones epistémicas entre marcos teóricos del investigador y nociones que aparecen en el campo es uno de los trabajos más urgentes.

¹ El paréntesis es mío, refiriendo a los modos en que Quirós utiliza esa palabra en el artículo citado en esta ocasión.

El lugar de mi cuerpo ineludible

“Silencio. Eso es mi cuerpo los primeros días en CRESCOMAS, silencio.
No he podido articular ninguna palabra, no se decir/hacer nada.

No sé cómo conectarme con las personas sordas. Mi máximo instrumento que
es la palabra hablada en español no tiene sentido.

No puedo con todo. Me duelen los ojos, no veo de lejos. A la tarde
tengo los ojos cansados, tengo muchos problemas en los ojos.

Mis lentes están rotos, en dos meses me opero, pero todavía no.

Me cuesta sostener la atención por cuatro horas, tengo sueño. Veo cosas que
creo interesantes, no puedo atender lo que sucede y escribir”.

(Nota de campo, 2015)

Hace un tiempo en el grupo de investigación en el que trabajo, en la ciudad de Córdoba, se propuso un ejercicio en dónde teníamos que expresar que sentíamos en nuestro trabajo de campo y luego, al azar, alguien tomaba ese microrelato y debía actuarlo. Esta actividad tenía el objetivo de poder observar, fuera, como estábamos viviendo corporalmente nuestro trabajo de campo. A mi directora le tocó interpretar mi microrelato, su primera reacción al leerlo fue: “¿quién hizo esto?” y seguido a este acto de asombro, su interpretación corporal consistió en la hiperbolización del cansancio y la fatiga.

Ahí me vi, con mi cuerpo superado por la exigencia en dos niveles de análisis y de interpretación de información. Ahí me vi, al decir de Goldman (2006) como un cientista social que no podría eludir la experiencia personal vinculada con la experiencia de los otros para poder decir algo sobre ese contexto social que estaba estudiando.

El segundo problema alrededor del cual me interesa estructurar esta exposición se relaciona con los diversos desafíos metodológicos que me ocurrieron por y en mi propia corporalidad y la dinámica de su interacción dentro del campo de investigación.

Hammersley y Atkinson señalan que el “investigador o investigadora son el instrumento de investigación por excelencia” (Hammersley y Atkinson 1994; 32), por lo cual la reflexión sobre las vicisitudes vinculadas a la propia experiencia de esa corporalidad adquieren una importancia central, sobre todo tratándose de un trabajo de campo, que incluye el aprendizaje, sincrónicamente con aquellos sujetos que llamé luego mis nativos de investigación.²

Wacquant al referirse al trabajo de campo va a decir que el mismo,

“(…) requiere que nos introduzcamos lo más profundo y por el mayor tiempo posible dentro del cosmos bajo examinación; que nos sometamos a su temporalidad y contingencias específicas; que adquiramos las disposiciones interiorizadas que demanda y nutre para que podamos comprenderlo por medio del entendimiento pre-construido que define la relación nativa con ese mundo” (Wacquant, 2009, p 33).

Lo interesante de Wacquant radica justamente en que él ingresó a su campo de investigación también como un aprendiz (de boxeo), el cual no conocía para nada las reglas de ese campo social, pero tampoco de ese juego específico que incluía, por sobre todas las cosas, poner el cuerpo en una acción. Así explora una fase de la etnografía, denominada *etnografía carnal* donde toma la corporalidad del investigador -en tanto es susceptible de un aprendizaje corporal- como un instrumento de conocimiento. Y plantea que en la medida en que el investigador adquiere el aprendizaje corporal y las disposiciones relacionadas a dicho aprendizaje, tendrá mayores posibilidades de conocer desde una relación nativa y pre-objetiva las prácticas de los individuos que pretende estudiar. Desde este punto de vista, una vez más, la observación participante se transformaría en el eje central de toda investigación etnográfica. Pero, la situación etnográfica se complejiza cuando esa participación -necesaria para la

² Digo esto porque comencé a estudiar a oyentes que aprendían Lengua de Señas en el Nivel 1, yo haciendo sincrónicamente el nivel 1, sin conocimiento previo de la lengua.

observación- es una participación que involucra la transformación del cuerpo a través de un aprendizaje específico y muchas veces institucionalizado.

Puede argumentarse que todo trabajo de campo implica ciertas transformaciones corporales, en disposiciones, en aprendizajes, en formas de estar con los otros. Como dice Guber (2001), *“La experiencia y la testificación son entonces “la” fuente de conocimiento del etnógrafo: él está allí”* (pag. 3). Sin embargo, esto adquiere un peso mayor cuando el lugar a etnografiar posee características que son específicamente corporales y dónde el campo cultural que se está etnografiando sucede, en mayor medida, sobre el cuerpo de los agentes/nativos.

Entonces, etnografiar corporalidades genera, ante todo, una pregunta sobre nuestro propio cuerpo implicado en determinadas relaciones y movimientos. La conciencia de que cuando nos movemos en ese espacio estamos involucrando algo más allá de nuestras intervenciones intelectuales, es un tipo de conciencia que rara vez se ejercita en nuestras universidades de Ciencias Sociales.

En mi caso específico, *“entrar al campo”* se convirtió en una acción corporizada, que implicaba pisar, mirar, hacer gestos y sobre todo mover las manos. Estar en clases era una acción muscular, que involucra la atención mental, la capacidad de retención, la mimesis, el ritmo y la respuesta a la interacción institucionalizada de un profesor. No había momentos de relajación, yo tenía que ser el porcentaje entero del tiempo las dos cosas: alumno e investigador. Este desafío se veía engrosado por la cantidad de horas que duraban las clases. Cuatro horas reloj con apenas dos recreos de 15 min. Ahí fue cuando recaí en conciencia de que el mayor enemigo de la buena realización de mi trabajo de campo era mi corporalidad. Así, la corporalidad del investigador aparecía como una nueva herramienta, ineludible que debía adoctrinar si no quería verme forzada a abandonar el proyecto de investigación. Ese cuerpo era ineludible, no podía callarlo, tenía que lograr que dijera lo que tenía que decir, pero además que soportara físicamente esos dos roles simultáneos que se le exigían. Mi cuerpo era, en esa situación de observación, un ente significativo que ante mi ignorancia del mismo tuve que resignificar. La forma en que se movía o mi resistencia hacia ciertos movimientos en ese contexto específico significaban muchas cosas. Por esa razón la auto-etnografía de mi

experiencia corporal, no era solo un registro personal de la experiencia de la investigación, paralelo a las notas de campo, sino que muy por el contrario era una pieza fundamental para la comprensión de las situaciones, los actores, pero sobre todo un punto de partida fundamental para “*observar en el campo*”.

Fueron justamente las notas auto-etnográficas de la fatiga, la imposibilidad de avanzar, lo que llevaron a repensar la modalidad metodológica en que estaba decidiendo operar. Fue el límite, la no potencia, lo que me marcó la necesidad de realizar una modificación en el modo de realización de mi trabajo de campo. Fue la conciencia, a través de las continuas relecturas de mis notas de campo y de mis cuadernos personales de campo lo que me certifico que no podía continuar con la misma modalidad de observación participante sincrónica con mis oyentes. Así tomé la decisión metodológica de terminar el primer nivel y volver a empezar el primer nivel, haciendo por un lado el seguimiento de los primeros nativos que fueron los primeros compañeros pero con la necesidad explícita de *volver a pasar* corporalmente por la misma situación (nivel1) pero ahora con una técnica corporal (Mauss, 1979) afianzada que me permitía estar corporalmente de otro modo en el campo. Con un cierto aprendizaje corporal incorporado que me permitía centrar mi atención no en los modos en que yo podía o no disponerme corporalmente en ese espacio si no el modo en que los otros podían hacerlo.

Este problema metodológico puso de manifiesto las limitaciones no solamente en el orden de las interacciones o de los permisos que tiene que sortear el investigador. Sino que la capacidad de aprendizaje y el agotamiento físico se presentaban como centrales para poder permanecer en ese estado de alerta investigativa. Pero lo que es más, el cuerpo como el primer dato ineludible a partir del cual, la investigación pudo tomar otro rumbo.

Conclusión

Las diferentes vicisitudes expuestas en el presente trabajo han servido para mostrar una relación triádica entre: campo-teoría-investigador. La experiencia de entrelazar esta triada con mi trabajo de campo específico nos ha permitido repensar viejos problemas debatidos de la antropología, como así también exponer formas novedosas de resolver problemas

metodológicos y teóricos dando como resultado nuevos caminos posibles para futuras investigaciones.

Por otro lado, considero que el trabajo aporta a construir un espacio de investigación desde los cuerpos. Involucrar al cuerpo como un espacio dónde se pueden encontrar respuestas sobre las formas en que la vida social se organiza y reproduce en una determinada cultura aporta a generar más investigaciones que logren sortear uno de los problemas irresueltos de la antropología a lo largo de la historia y que tiene que ver con aquello que diagnosticó la antropóloga francesa Jean Favret-Saada (1990): una sujeción de la práctica antropológica a cuestionar “aspectos intelectuales” de la experiencia humana. Reconocer la importancia del cuerpo, no sólo de los nativos sino también del investigador, como espacio de conocimiento, dentro del campo de trabajo, puede llevarnos a encontrar nuevas fuentes de datos etnográficos, como así también nuevos problemas que pongan en cuestión las formas de concebir la triada: investigador-campo-teoría.

Bibliografía:

Aschieri, Patricia y Rodolfo PUGLISI (2010). “Cuerpo y producción de conocimiento en el trabajo de campo: Una aproximación desde la fenomenología, las ciencias cognitivas y las prácticas corporales orientales”, en Citro, Silvia (comp.) *Cuerpos plurales. Ensayos antropológicos de y desde los cuerpos*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Goldman, Marcio (2006). Alteridade e experiencia: antropologia e teoría etnográfica. *Etnográfica*, Vol. 10, N° 1, pp. 161-173.

Guber, Rosana. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Ed. Norma

Favret-Saada, Jeanne (1990). Être Affecté. *Gradhiva: Revue d'Histoire et d'Archives de l'Anthropologie*, N° 8, pp. 3-9.

Mauss, Marcel (1979). *Sociología y Antropología*. Ed. Tecnos. Madrid.

Quirós, Julieta. (2014) ETNOGRAFIAR MUNDOS VÍVIDOS. DESAFÍOS DE TRABAJO DE CAMPO, ESCRITURA Y ENSEÑANZA EN ANTROPOLOGÍA. Publicar en Antropología y Ciencias Sociales; Lugar: Bueno Aires.

Wacquant, Loïc (2004). Cuadernos de un aprendiz de boxeador Alianza, Madrid.

Wacquant, Loïc (2009). Conexiones carnales: sobre corporización, aprendizaje y pertenencia. En: P e n s a r epistemología, política y ciencias sociales Nros. 3/4 2008/2009